

## ¿Existe el amor maternal?<sup>1</sup>

*Adrián Liberman L.<sup>2</sup>*

### Resumen

---

A partir de elementos clínicos como sociológicos en los que un número cada vez mayor de mujeres se cuestionan el deseo de ser madres, el autor plantea si la maternidad está consustanciada con la femineidad. Utilizando postulados de sociólogos y psicoanalistas, se discute si la maternidad es un destino pulsional o una posibilidad del ser. Se plantea la inexistencia de un “eterno femenino” y se aboga por la vigencia del discurso psicoanalítico como herramienta gnoseológica para comprender la maternidad.

*Palabras destacadas:* mujer, madre, maternidad, femineidad, patología.

---

### Abstrac

---

On a basis of psychological and sociological elements, in which a larger number of women question themselves the Desire of being Mathers, the author asks if motherhood its attached to feminity. Using statements of both sociologist and psychoanalysts he questions if motherhood it’s a pulsional destiny or an existence possibility. The author proposes the inexistent of an “eternal feminity” and reivindicates the psychoanalytical knowledge as a tool for the compression of motherhood.

---

El psicoanálisis es un discurso deconstructivo. En los 120 años de existencia que lleva constituyéndose en una teoría de la mente y una técnica

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en las XI Jornadas de Niños y Adolescentes, SPC, 2011.

<sup>2</sup> Psicoanalista. Miembro Titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

para modificar el sufrimiento humano, ha tenido profunda influencia en el cuestionamiento de cosas que eran tenidas como verdades *per se*. No sólo demostró que la razón no es la dueña de casa, sino que ha puesto en tela de juicio instituciones humanas como la sexualidad, la educación y –en el caso que hoy nos ocupa– la maternidad.

En determinado momento, el psicoanálisis y sus asertos tuvieron también profunda influencia en la cultura. Hoy esta influencia se ha diluido enormemente por ninguna otra responsabilidad que la que recae en nosotros los psicoanalistas.

Pero lo que intentaré abordar hoy alude a la maternidad y el amor de la madre. No traigo ideas acabadas, definitivas, sino algunos cuestionamientos sobre el tema para que en la discusión ulterior se clarifiquen y refinen.

La asociación entre maternidad y amor está fuertemente imbricada en la cultura y sus instituciones. Desde el folklore a la iconografía, la maternidad es un ejercicio que conduce al éxtasis, como el de las *madonnas* de los retablos renacentistas, o al sacrificio altruista de los cuentos infantiles. Sin embargo, estudios clásicos del psicoanálisis –como los de Arnaldo Rascovsky (1976) sobre el filicidio– vienen a introducir un matiz de duda sobre la inevitabilidad de esta asociación. ¿Será entonces indiscutible que la maternidad y el amor van siempre de la mano?

Comenzaré citando a la socióloga Elisabeth Badinter (1981), quien sostiene que el discurso psicoanalítico ha influido en el desplazamiento de la autoridad paterna al amor maternal como viga maestra de las familias occidentales.

La comprensión psicoanalítica de las experiencias tempranas y su lugar en la construcción de la subjetividad produjeron que la maternidad y su ejercicio adquirieran un valor pregnante en la psicopatología, la educación y otras áreas. El concepto de madre suficientemente buena –acuñado por Winnicott y usado por otros analistas– resume la importancia que la maternidad tiene en la constitución de la personalidad. Del alcance o no de esta cualidad se desprenden un gran número de consecuencias. Pasemos lista apretadamente a alguna de ellas, consecución de la confianza básica, logro de la autonomía del self, entrada en el orden simbólico, consecución de un self verdadero, abandono de la simbiosis, logro de una identidad vigorosa espontánea y creadora. Lo anterior es un condensado que sintetiza asertos de autores como Balint, Winnicott, Dolto, Mahler, Erikson, Jacobson y otros.

Véase que no digo nada nuevo, en cuanto a la influencia que el ejercicio de la función materna y sus vicisitudes tienen en el psiquismo de los hijos. Esta tarea, compleja, central, ¿es asumida siempre con gozo y placer?

Existe un discurso en la sociedad occidental cuyo cénit se alcanza en los trabajos de J.J. Rousseau que así lo afirma. Y una parte del discurso psicoanalítico –al menos el de los trabajos pioneros de Sigmund y Anna Freud, Melanie Klein, Dorothy Burlingham– así lo refrenda.

Dentro de estos marcos de comprensión, la maternidad consiste en un epítome, un momento de realización plena de la femineidad. Para la mujer, ser madre materializa las fantasías edípicas y las tramas identificatorias que le hicieron en algún momento desear un hijo del padre.

Para la mujer, la maternidad es la recreación de la relación primaria, el vínculo con el hijo es exclusivo, supone una prolongación de su propio self y la concreción de un amor narcisísticamente pulsante desde su devenir edípico.

Y, si así fuera, ¿cómo explicarse entonces el aumento exponencial de las patologías del desamparo en el hemisferio occidental? ¿O cómo comprender a una buena parte de nuestra sociedad que se conduce como un conjunto de huérfanos funcionales? ¿Será irrefutable el aserto acerca del amor maternal, como un sentimiento a toda prueba?

Aquí topamos con un problema metodológico, porque la casuística psicoanalítica siempre es reducida en número respecto a la población en general. Por ello habrá que buscar instancias de validación en otros discursos científicos, como la sociología, por ejemplo.

Sin embargo, es plausible interrogar el ejercicio de la maternidad y si éste aparece indisolublemente ligado al amor.

En este sentido, las investigaciones de Badinter como las de Nancy Chodorow (1990) son muy útiles. Ambas autoras, provenientes de la sociología, ayudan a entender que la función materna es una actividad muchas veces sentida como fuente de sentimientos muy distintos al amor.

Por ejemplo, la progresiva disociación de la razón reproductiva con respecto a la razón sexual ha introducido crecientemente que muchas mujeres no piensen en la maternidad como ningún pináculo de su identidad femenina. De manera creciente se topa uno con mujeres que sienten la maternidad como el peso indeseado de un ideal de las generaciones anteriores, pero para nada un deseo personal.

Una vez más desde la sociología, autores como Parsons (1979) y las autoras mencionadas aportan datos para entender que, cada vez en mayor medida, las mujeres sienten el ejercicio de la maternidad como una alienación. La viven como la perpetuación de un esquema de división del trabajo injusto y como una resignación de aspiraciones intelectuales y económicas a favor de los hombres.

Laing (1986) y Cooper (1980) –más cercanos al psicoanálisis– usan estos asertos para explicar que la familia y los roles parentales reproducen aspectos alienantes del capitalismo. Encarado de esta forma, la maternidad puede ser sentida como el ejercicio de una función que perpetúa la sumisión de la mujer, o la exigencia de una doble jornada, es decir, el trabajo más el cuidado de los niños. O, peor aún, como un mandato de asumir la pasividad y la dependencia como características señeras de la femineidad.

Una consecuencia de lo anterior es que la maternidad será rechazada por unas, o será fuente de ambivalencia para otras. El hijo, sus demandas y el costo de atenderlas pueden despertar en la mujer sentimientos de un orden muy distinto al del amor.

Si la maternidad es un instinto, si hay algo así como una determinación a la maternidad, no cabe la posibilidad de cuestionarla por parte de las mujeres, a menos que esto sea síntoma de un importante conflicto.

Aquí hay que detenerse un momento para hacer una escueta observación de un problema que excede a esta ponencia. Cuando un analista escucha a una mujer hablando de no desear ser madre, o de los sentimientos ambivalentes que el ejercicio de la misma le despierta, ¿está en presencia de un signo patognomónico de una patología? Ha sido cosa bastante frecuente el deslizamiento más o menos inconsciente de las categorías clínicas para comprender o perpetuar ciertas formas de organización cultural. El psicoanálisis –o al menos algunos analistas– no ha podido escapar al deslizamiento de las categorías clínicas para hacerlas marcadores de expresiones sociales. En este desliz es donde han abrevado corrientes críticas como la antipsiquiatría.

Sin embargo, a este supuesto destino de las pulsiones femeninas se le contraponen un número creciente de mujeres que no desean ser madres, y que no lo viven como señal de un déficit, de una falla en su proceso de identificación de género. Prueba de ello es la elevación de la edad en la que tienen el primer hijo en muchos países de Occidente, como en las comunicaciones que los analistas hacen de su casuística.

Pero entonces insisto otra vez en poner la mirada en el aumento en las patologías del desamparo. Hay ahí un importante fenómeno acerca de la existencia de madres que experimentan hacia sus hijos cosas como el odio o el fastidio permanente, o que los agreden en forma sistemática. Una lectura de este fenómeno consiste en pensarlo como una denuncia de una situación de inequidad, como un volcamiento hacia el hombre, para que ayude en el reparto de las cargas en el desempeño de esta función.

Algunos efectos de esto se ven cuando ya no es tan raro hallar familias donde el padre es quien da el tetero, mientras la mujer se encarga de re-

paraciones, por ejemplo. Pero en el fondo este movimiento puede tener algunas consecuencias no tan brillantes. Una indiferenciación progresiva entre padre y madre puede hacer ruido en el escenario de la identificación de género que el niño debe lograr. Y esto se hace solamente como efecto del complejo de Edipo, que es una situación conflictiva y asimétrica. Si papá encarna indistintamente la “ley” y el “amor maternal”, ¿cómo superará el niño la bisexualidad infantil?

Habrán quienes vean en esta indiferenciación de funciones la palanca necesaria para refundar un nuevo orden sexual y familiar. Otros lo pensarán como la posibilidad ominosa de un porvenir de psicosis y sufrimiento.

Incluso el escenario de las nuevas tecnologías reproductivas —en las cuales las familias homosexuadas y sus variaciones son sólo cosa de tiempo para que sean moneda común— replantea incógnitas acerca de las funciones parentales y sus particularidades.

En todo caso, el amor maternal no es una certeza. No pertenece al orden de las verdades inamovibles. Es un sentimiento, por tanto, contingente, sujeto a variaciones o capaz de estar ausente por completo. El amor maternal puede privilegiar a un hijo, o darse y retirarse en determinados momentos. Va a depender de cada mujer y de su historia. Va a estar asociado a las maneras como la maternidad fue valorada o no por cada una; sus modalidades de expresión reclaman un sentido que varía hasta el infinito. Su existencia es una probabilidad, no la manifestación incontestable de un “eterno femenino”.

Pero como sentimiento, como fenómeno del orden de la subjetividad, como representante de las diversas fuerzas pulsionales que habitan en cada cual, puede ser enriquecido por la comprensión que el psicoanálisis y su método pueden aportar. Y séanos permitido entonces perseverar en el esfuerzo por iluminar los aspectos problemáticos del ser humano.

Las luces, solo se curan con más luces...

Caracas, noviembre de 2011

## Referencias bibliográficas

- BADINTER, Elisabeth (1981). *El amor maternal*. Barcelona: Pomaire.  
CHODOROW, Nancy (1990). *La práctica de la maternidad*. México: Gedisa.  
COOPER, David (1980). *La patología en la familia*. Barcelona: Pomaire.  
LAING, Ronald D. (1986). *Nudos*. Barcelona: Pomaire.  
RASCOVSKY, Arnaldo (1986). *El filicidio*. Buenos Aires: Paidós.